OTRAS RAZONES

ESCRITORES Y ARTISTAS

No siempre ha sucedido como ahora. No se trata sólo del proceso degenerativo de los valores que engendra la competencia empresarial por el lucro. El lenguaje repetitivo de la prensa y la inanidad del discurso público son una y la misma cosa. La noticia suplanta a la reflexión. Y es un hecho característico de nuestra época que el manoseo de palabras sustantivas, adecuadas en su origen a otras situaciones y experiencias, su repetición en tiempos donde nada significan, las ha terminado por convertir en tumbas de las ideas nobles y de las cosas bellas. No hay crisis autónoma de la novela, el teatro o la poesía, como inútilmente se discute en espacios selectos, entre editores, escritores y críticos. Eso no deja de ser un trámite requerido por el sistema para dar apariencias de libertad a su simulacro, y un síntoma menor de la ausencia de valores originales que trae consigo la falta de ideales estéticos y morales en la vida social. La belleza y la sinceridad están reprimidas en el mercado del arte y del pensamiento. La originalidad es una ofensa al pensamiento único y a los cánones mercantiles de la producción artística o intelectual. Entre miles y miles de artículos de opinión, en las sucesivas oleadas de ensayos y libros de éxito comercial, ni el azar permite que se deslice algo interesante para la liberación de la mente personal, o que sea vital para el enriquecimiento cultural de la sociedad. La ecuanimidad de esta afirmación puede ser confirmada en la intimidad de las conciencias sensibles.

Basta con que cada uno responda con sinceridad a la cuestión de si algo de lo que ha leído lo conmovió hasta el punto de no poderlo olvidar en su corazón, o mereció ser incorporado al equipaje de las ideas sobre las que basa su actitud vital hacia sí mismo o los demás. Lo que no es digno de recuerdo tampoco lo es de ser experimentado.

Los escritores creen saberlo todo y no leen. Los lectores no dudan de nada y escriben. En el espacio de la noticia tremenda, el chisme sorprendente y el entretenimiento vulgar no hay lugar para la creación de lo valioso. Entre tantas experiencias insípidas como puede fantasear la infancia, los escritores se apasionan con las que creen haber vivido con intensidad. Y sin experiencia de la sociedad ni del mundo, las cuentan a los demás, no porque sean interesantes para los que no las vivieron, sino porque son las suyas. Y lo que sólo se tolera en las memorias de un genio llega a ser el estilo intimista de la literatura de la impotencia. Varias generaciones culturales han sido agostadas y resecadas por acontecimientos políticos que segaron la libertad. Y en el silencio sepulcral donde yacen enterradas no florecen siquiera las flores violáceas del recuerdo.

La dictadura y el consenso, mismos enemigos mortales de la diversidad, que es la fuente germinal de la creación genuina, las mataron. Pero no las enterraron. La función de sepultureros la confiaron a la popularización de la palabra muerta de gentes incapaces de llenar hasta los vacíos de sus propios anhelos. Nadie puede ser enterrador de lo que promete refinamiento intelectual, excelencia estética o elevación moral, si antes no ha enterrado su alma en la palabra aduladora de las potencias materiales. Afortunadas las generaciones que despertaron a la vida de la razón y del arte por la vitalidad de las palabras que oyeron, las lecturas de que dispusieron y el aire cultural que respiraron. Esto no quiere decir que todo en ellas fuera favorable a lo excelente.

Los poderes del Estado y del dinero siempre han impuesto lo mediocre. Pero son dichosas las sociedades donde las fórmulas convencionales de sus falsos cantores permiten al menos vislumbrar con esperanza los majestuosos ideales que alguna vez las realizaron. Cosa imposible si la mediocridad cree que lo superior está en ella.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

LA CAMPANA DE SCHILLER

Al fin, instruidos por el acontecimiento, trescientos juristas denuncian ante la opinión pública el linchamiento moral de que están siendo víctimas los jueces del Negro Santamaría. No se trata de controlar y responsabilizar a la magistratura, sino de deshacerse de un tribunal molesto por su observancia de las garantías penales. No se buscan objetivamente unas responsabilidades concretas sino quitar de en medio a los investigados y, de paso, que los demás aprendan el fervor policial por encima del respeto a los derechos humanos. El espectáculo está siendo deplorable. Todo jurista sabe que la conducta de los jueces alanceados sólo sería delictiva si existiese cohecho, de lo que nadie les acusa. No existe, ni puede existir, prevaricación cuando se decide una libertad provisional en la que se cumplen todos los requisitos legales. Si los jueces inquiridos hicieron un mal uso de su arbitrio a la hora de excarcelar al Negro, simplemente se equivocaron. Si valoraron el riesgo para su vida por encima de la seguridad, dada la proximidad del juicio, el posible error tiene una elemental justificación. Pero la prevaricación no existe. Lo saben perfectamente el instructor del caso, el fiscal y la Sala del Supremo que debe decidir. Prevaricación, ni media. Es más: conforme ha ido avanzando la investigación han caído, una tras otra, todas las hipótesis torticeras. ¿Podrá más el Poder Judicial del Gobierno, absorto en el dogma de la eficacia policial, que el Poder Judicial de la Justicia? Cuando los magistrados dejan de amparar los derechos humanos de todos frente a todos, singularmente frente al poder, que es el máximo enemigo de la libertad y la justicia, deben ser sustituidos por los policías. Éstos realizan mejor que aquéllos el papel represivo que se les exige. En eso estamos. En la creación del Poder Judicial de la policía y del poder policial de los jueces. Al fondo el orgasmo institucional del Gobierno y de Garzón, claro inspirador del drama de sus colegas. ¡Lo que faltaba! La responsabilidad penal de los jueces como pretexto para liquidar lo que aún pueda quedar de su independencia.

El Consejo no se queda atrás. ¿Cómo iba a perder la batalla de la eficacia y la ejemplaridad ante la opinión pública? Acusa primero a los jueces linchados de «desatención» a sus funciones. El precepto dice: «La desatención o el retraso injustificado y reiterado... en el ejercicio de cualquiera de las competencias judiciales». ¿Tiene algo que ver con el caso? Echándole toneladas de imaginación, por supuesto. Si es necesario, sí. Ya sabemos que la necesidad es una violenta escuela. Incluso de prevaricadores. Nadie niega que el tipo disciplinario es muy forzado. Casi como el himen de la joven doncella resistente ante una tosca solicitación. Pero le ocurre igual que a la prevaricación. Puede servir de percha a la insidia.

Me encanta la reacción de los trescientos. Reparan ahora, instruidos por el acontecimiento, en que la independencia judicial es fácilmente vulnerable cuando existe. Descubrimiento tardío, pero bienvenido. Me conmueve la ingenuidad de que hayan invitado a don Garzón –malmetedor del drama de Cezón y compañía– a que firmase el comunicado cuando aún exhibía los muñones de sus enemigos. Y me sorprende gratamente que jueces en activo, invocando su condición de tales, realicen duras críticas públicas contra instituciones y personajes del poder político. Cumplen así con su condición de ciudadanos lúcidos y combativos. ¿Entiende el Consejo que así es en todo caso, aunque el número de magistrados discrepantes sea menor y mucho mayor su distancia del poder? ¿O persistirá en el invento del desacato disciplinario? Por lo pronto, el Concilio judicial anda bravío. Suspensos y no precisamente en medio del éter puro, como la campana de Schiller. Los compañeros que acudan en tropel a ver cómo quedan suspensos sus tres colegas martirizados observarán rápidamente que tienen las venas abridas y rompidas las entrañas. Como debe ser.

Joaquín NAVARRO

WANTED

A los marines de Bush se les acumula el trabajo. Y es que se les escapan todos. Primero la misión universal era capturar a Ben Laden –¿se acuerdan, por cierto, de Ben Laden?–, pero después de algunos meses de bombardear Afganistán, y bombardearnos a nosotros con la consigna, el silencio se ha desplomado sobre los teletipos. Tan total y embarazoso silencio que el solo preguntar te convierte en enemigo del Imperio. ¿Y qué me dicen del mulá Omar, el tuerto aquel tan malo que tenían cercado todos los días y que era algo así como el lugarteniente de Lucifer? Pues creo que su último avistamiento ha sido en la Paris-Dakar donde ha participado con su famosa moto para fugas. Pero aún está por llegar lo peor. La próxima misión puede ser en casa. Complicada. Un amigo del presidente. El tal Kenneth Lay, mandamás de Enron también parece estar a punto de salir de naja. Por el Capitolio no consiguen echarle el ojo encima, desde luego. Mueve a risa. Pero amarga. Porque quizá de lo que deberíamos hablar inexcusablemente es de ese auténtico escarnio para la Declaración de los Derechos Humanos, esa mofa para el mínimo derecho internacional que es Guantánamo donde so pretexto de combatir al terrorismo lo que se está conculcando, ante la pasividad del mundo, son las más esenciales leyes de nuestra civilización.

Antonio PÉREZ HENARES

REBOREDO Y SAÑUDO